

Pues nada haré seguramente, decia yo, porque para ofender no tengo valor, y para defenderme me falta habilidad. Yo en los casos apurados me atengo á mis talones porque corro mas que una liebre; y así para mí todo es escusado.

Enfadóse el Aguilucho con mi cobardía, y sacando el sable, me dijo muy enojado: vive Dios, bribon, cobarde, que si no montas á caballo y nos acompañas, aquí te llevan los demonios. Yo, al verlo tan enojado, hice de tripas corazon, fingiendo que mi miedo era chanza, y que era capaz de salir al encuentro al demonio sé viniera en traje de caminante con dinero: se dieron por satisfechos: seguimos nuestro camino con designio de salirles á los viandantes, robarlos y matarlos, pero no sucedió segun lo pensaron.

CAPITULO X.

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron

en compañía de los ladrones:

el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado, y el principio de su conversion.



AUNQUE muchas veces permite Dios que el malvado ejecute sus malas intenciones ó para acrisolar al justo, ó para acrisolar al perverso, no siempre permite que se verifiquen sus designios. Su Providencia que vela sobre la conservacion de sus criaturas, mil veces embaraza ó destruye los inícuos proyectos para que las unas no sean pasto de la ferocidad de las otras.

Así le sucedió al Aguilucho y sus compañeros la mañana que salimos á sorprender á los viandantes.

Serian las seis cuando desde la cumbre de una loma los vimos venir por el camino real. Venian los tres por delante con sus escopetas en la mano: luego seguian cuatro caballos ensillados de vacío, esto es, sin ginetes: á seguida venian cuatro mulas cargadas con baúles, catres y almofreses, que se conocia lo que era de léjos,

á pesar de venir cubiertas las cargas con unas mangas azules, y por fin venian de retaguardia los tres mozos.

Luego que el Aguilucho los vió, se prometió la venganza y un buen despojo; y así nos hizo ocultar tras un repecho que hacia la loma en su falda, y nos dijo: ahora es tiempo, compañeros, de manifestar nuestro valor, y aprovechar un buen lance, porque sin duda son mercaderes que van á emplear á Veracruz, y toda su carga se compondrá de reales y ropa fina. Lo que importa es no cortarse, sino acometerles con denuedo, asegurados en que la ventaja está por nosotros, pues somos cinco y ellos son solo tres, que los mozos, gente alquilona y cobarde, no deben darnos cuidado. Tomarán correr á los primeros tiros, y así, tú, Perico, yo y el Pípilo les saldremos de frente en cuanto lleguen á buena distancia, quiero decir, á tiro de escopeta; y el Zurdo y el Chato les tomarán la retaguardia para llamarles la atención por detrás. Si se rinden de bueno á bueno, no hay más que hacer que quitarles las armas, amarrarlos y traerlos á este cerro de donde los dejaremos ir á la noche; pero si se resisten ó nos hacen fuego, no hay que dar cuartel: todos mueran.

Tanto la vista de los enemigos, que por instantes se acercaban, como la consideración del riesgo que me amenazaba, me hacian temblar como un azogado, sin poder disimular el miedo, de modo que mi temor se hizo sensible, porque como mis piernas temblaban tanto, hacian las cadenillas de las espuelas un sonecillo tan perceptible con los estribos, que llamó la atención del Aguilucho, quien advirtiéndome mi miedo, echando fuego por los ojos, me dijo: ¿qué, estás temblando, sinvergüenza, amujerado? ¿Piensas que vas á reñir contra un ejército de leones? ¿No adviertes, bribon, que son hombres como tú, y solos tres contra cinco? ¿No ves que no vas sólo sino con cuatro hombres, y muy hombres, que se van á exponer al mismo riesgo, y te sabrán defender como á las niñas de

sus ojos? ¿Tan fácil es que tu perezcas y no alguno de nosotros? Y por fin, supón que te dieron un balazo y te mataron, ¿qué cosa nueva y nunca vista es esa? ¿Has de morir de parto, collonote, ó te has de quedar en el mundo para dar fé de la venida del Antecristo? ¿Qué quieres, tener dinero, comer y vestir bien y ensillar buenos caballos de flojon, encerrado entre vidrieras y sin ningun riesgo? Pues eso está verde, hermano: con algun riesgo se alquila la casa. Si me dices, como me has dicho, que has conocido ladrones que roban y pasean sin el menor peligro, te diré que es verdad; pero no todos pueden robar de igual modo. Unos roban militarmente, quiero decir, en el campo y exponiendo el pellejo, y otros roban cortesadamente, esto es, en las ciudades, paseando bien y sin exponerse á perder la vida; pero esto no todos lo consiguen aunque los mas lo desean. Con que cuidado con las collonerías, porque te daré un balazo ántes que vuelvas las ancas del caballo.

Asustado yo con tan áspera reprension y tan temida amenaza, le dije que no tenia miedo, y que si temblaba era de puro frio: que entraríamos al ataque y veria cuál era mi valor. Dios lo haga, dijo el Aguilucho, aunque lo dudo mucho.

En esto llegaron los caminantes á la distancia prefijada por el Aguilucho. Se desprendieron de nuestra compañía el Chato y el Zurdo y les tomaron la retaguardia, al mismo tiempo que el Pípilo, yo y el Aguilucho les salimos al frente con las escopetas prevenidas, gritándoles: párense todos si no quieren morir á nuestras manos.

A nuestras voces saltaron de sobre las cargas cuatro hombres armados, que ocuparon en el momento los caballos vacíos y se dirigieron contra el Zurdo y el Chato, los cuales recibéndolos con las bocas de sus carabinas, mataron á uno y ellos huyeron como liebres.

Los tres viandantes se echaron sobre nosotros, matándonos al Pípilo en el primer tiro.

Yo disparé mi escopeta con mala intencion, pero sólo se logró el tiro con un caballo que tire al suelo.

Cuando el Aguilucho se vió sólo, porque no contaba conmigo para nada, me dijo: ya este no es partido: un compañero han muerto, dos han huido, los contrarios són nueve, huyamos.

Al decir esto quiso volver la grupa de su caballo, pero no pudo, porque éste se le armó, de modo que á pesar de que cargábamos y disparábamos aprisa no haciendo daño y lloviendo sobre nosotros los balazos, temíamos nos cogieran con arma blanca, porque se iban acercando á nosotros los tres viandantes á todo trapo, sin tener miedo á nuestras escopetas.

Entónces el Aguilucho se echó á tierra, matando á su caballo de un culatazo que le dió en la cabeza, y al subir á las ancas del mio le dispararon una bala tan bien dirigida, que le pasó las sienes y cayó muerto.

Casi por mi cuerpo pasó la bala, pues me llevó un pedazo de la cotona. La sangre del infeliz Aguilucho salpicó mi ropa. Yo no tuve mas lugar que decirle: Jesus te valga; y viéndome sólo y con tantos enemigos encima, arrimé las espuelas á mi caballo y eché á huir por aquel camino mas ligero que un a flecha. La fortuna fué que el caballo era excelente y corria tanto como yo queria. Ello es que al cuarto de hora ya no veia ni el polvo de mis perseguidores.

Estravié veredas, y aunque pensé ir á dar el triste parte de lo acaecido á las madamas de la casa, no me determiné, ya porque no sabia el camino, y ya porque aunque lo hubiera sabido temia mucho volver á aquellas desgraciadas guaridas.

Cansado, lleno de miedo y con el caballo fatigado, me hallé como á las doce del dia en un solo y agradable bosquecillo.

Allí desocupé la silla, aflojé las cinchas al caballo, le quité el freno, le dí agua en un arroyo, lo puse á pacer la verde grama, me senté bajo un árbol muy fresco y sombrío y me entregué á las mas sérias consideraciones.

No hay duda, decia yo, la holgazanería, el libertinaje y el vicio no pueden ser los medios seguros para lograr nuestra felicidad verdadera. La verdadera felicidad en esta vida no consiste ni puede consistir en otra cosa que en la tranquilidad de espíritu en cualquier fortuna; y ésta no la puede conseguir el criminal, por mas que pase alegre aquellos ratos en que satisface sus pasiones; pero á esta efímera alegría sucede una languidez intolerable, un fastidio de muchas horas, y unos remordimientos continuos; pagando en estos largos y gravosos tributos aquel placer mezquino que quizá compró a costa de mil crímenes, sustos y comprometimientos.

Estas son unas verdades concedidas por todo el que reflexione atentamente sobre ellas. Mi padre me las advertia desde muy jóven; el coronel no dejaba de repetírmelas: yo las he leído en los libros y tal vez las he oido en los púlpitos; ¿pero qué mas? El mundo, los amigos, mi experiencia han sido unos constantes maestros que no han cesado de recordarme estas lecciones en el discurso de mi vida, á pesar de la ingratitud con que yo he desatendido sus avisos.

El mundo, dije: sí, el mundo, mis malos amigos, los funestos sucesos de mi vida, todo ha conspirado uniformemente á mi desengaño, aunque por distintos rumbos; porque un mundo falaz y novelero, un mal amigo vicioso y lisongero, una desgracia que nos acarrea nuestra conducta disipada, y todos los males de la vida, son maestros que nos enseñan á reglar nuestras acciones y á mejorar nuestro modo de vivir. Ello es cierto que malos maestros pueden dar buenas lecciones. La infidelidad de un amigo, la perfidia de una mujer, la trácala que nos hizo el lisonjero, los golpes que nos

hizo sufrir el agraviado, la prision à que nos redujo la justicia por nuestra culpa, la enfermedad que padecimos por nuestro exceso, y otras cosas así, á la verdad que son ingratas á nuestro espíritu y á nuestro cuerpo; pero la experiencia de ellas debia hacernos sacar frutos dulces de sus mismas amargas raíces.

¿Y qué mejor fruto podiamos sacar de estas dolorosas experiencias, que el escarmiento para gobernarnos en lo futuro? Entónces ya nos guardariamos de tener amigos indistintamente y sin saber cuáles son las señas del verdadero amigo; nos sabriamos recelar de las mujeres sin fiar nuestro corazon á cualquiera; huiríamos de los lisonjeros como de unas fieras mansas pero traidoras; trataríamos de no agraviar para no exponernos á recibir los golpes de la venganza; cuidariamos de manejarnos honradamente para no padecer los rigores de las cárceles; enfrenariamos nuestros apetitos sensuales para no lidiar con las enfermedades; y por fin, haríamos por vivir conforme á las leyes divinas y humanas para no volver á experimentar esos trabajos y lograr la verdadera felicidad, que, como digo, es el fruto de la buena conciencia.

Esto conseguiríamos si supiéramos aprovecharnos de la experiencia; pero la lástima es que no aprendemos por más frecuentes que sean las lecciones.

Dígalo yo. ¿Qué de trabajos, qué de desaires, qué de vergüenzas, qué de ingratitudes, qué de golpes, prisiones, sustos, congojas y contratiempos no he pasado? ¿A qué riesgos no me he expuesto, y en qué situacion tan deplorable me veo? Yo he tenido que sufrir azotes y reprensiones de los maestros, golpes de toros y caballos, zapatazos, baños de agua hirviendo, amenazas y desvergüenzas de las viejas, deslealtades, burlas y desprecios de los malos amigos, palos de payos, desaires de cortesanos, ingratitudes de parientes, abominaciones de extraños, lanzamientos de los amos, vejaciones de tunos, prisiones de justicia, ollazos de indios, heridas dadas con razon

por casos agraviados por mí, trabajos de hospitales, araños de coquetas, sustos de muertos y velorios, robos de pícaros, y trescientas mil desventuras, que léjos de servirme de escarmiento, no parece sino que las primeras me han sido unos estímulos eficaces para exponerme á las segundas.

¿Qué tengo ya que perder? El lustre de mi nacimiento se halla opacado con mis vergonzosos extravios; mi salud arruinada con mis excesos; los bienes de fortuna perdidos con mi constante disipacion; amigos buenos no los conozco, y los malos me desprecian y abandonan. Mi conciencia se halla agitada por los remordimientos de mis crímenes, no puede reposar con sosiego, y la felicidad tras que corro parece que es una fantasma aérea que al quererla asir se deshace entre mis manos.

Todo, pues, lo he perdido. No tengo mas que la vida y el alma que cuidar. Es lo último que me queda, pero tambien lo mas apreciable.

Dios se interesa en que no me pierda eternamente. ¡Cuántas veces pude haber perdido la vida á manos de los hombres, en poder de los brutos, en medio de la mar y aun á mis propias manos! Innumerables. Hoy pudo haber sido el último de mis dias. A milado cayó el Pípilo, á otro el Aguilucho, y las balas unas tras otras, cruzaban crugiendo el aire junto de mis orejas; balas que ciertamente se dirigian á mi persona, y balas que me pasaban la muerte por los ojos.

Como aquellos murieron, ¿no pude yo haber muerto? Como hubo balas bien dirigidas para ellos, ¿no pudo haber alguna para mí? ¿Yo me libré de ellas por mi propia virtud y agilidad? Claro es que no. Una mano invisible y Todopoderosa fué la que las desviaba de mi cuerpo con el piadoso fin de que no me perdiera para siempre. ¿Y qué méritos tengo contraídos para haberle debido tal cuidado? ¡Oh Dios! yo me avergüenzo al acordarme que toda mi vida ha si-